

Ana María Matute y la literatura mágica española: *Olvidado rey Gudú* (Homenaje a la escritora en su centenario)

Antonio Torres
Universidad de Barcelona
España

Introducción

En 2025 se celebra el centenario del nacimiento de Ana María Matute (Barcelona, España, 1925-2014), una ocasión para reivindicar su contribución esencial a la literatura española y su legado para lectores y escritores futuros. De padre catalán y madre riojana, nacida en el seno de una familia burguesa, escribe en castellano porque es su lengua materna (Doria). Autora clave, Matute es un “referente máximo” para figuras como Dolores Redondo, quien destaca: “Mi referente absoluto es Ana María Matute. [...] Es un referente total” (Pérez 13 dic.).

Los veranos de su infancia en Mansilla de la Sierra (La Rioja) con sus abuelos maternos, en un paisaje de cuento, despertaron su imaginación y marcaron su escritura (Pérez 6 nov.). Se trata del bosque real y del que crean las palabras (Matute 1998 17). La guerra civil española (1936-1939), cuyos bombardeos hicieron que desapareciera su tartamudez (Matute 2011), y que la define como “niña de la guerra”, se marca hondamente en su producción, con obras como *Primera memoria* (1959), una de las novelas con las que se siente más identificada.

Matute recuerda que se llevaba muy bien con los escritores de su generación, se ayudaban mucho y no se envidiaban. Eran sospechosos solo por ser escritores, unidos frente a un entorno hostil. Trató mucho con Juan Goytisolo, Carmen Martín Gaité, Josefina Aldecoa o José Manuel Caballero Bonald. Sobre la razón por la que libros como *Olvidado rey Gudú* o *Aranmanoth* (2000) son tan poco habituales en nuestra literatura, Matute sostiene: “No sé por qué no se hace ese tipo de literatura, quizá es por la mentalidad española” (Palmero). De hecho, en España la literatura fantástica se ha estigmatizado de manera recurrente como un género menor. Y añade, sobre la oposición realidad/fantasía, que “la llamada fantasía lo único que hace es enriquecer la realidad, porque para mí la fantasía o la magia (prefiero decir

literatura mágica a literatura fantástica, porque se aviene más a lo que yo hago) es una parte de la realidad porque es mi realidad. No es antagónico” (Palmero).

Olvidado rey Gudú constituye un homenaje a Hans Christian Andersen, Jacob y Wilhem Grimm y Charles Perrault, autores de cuentos de hadas que la entusiasmaron de niña, a quienes dedica el libro. Asimismo, Matute explica que entró en la literatura grande con los rusos, y también con *Cumbres borrascosas*, de Emily Brontë, que resuena en su novela *Los Abel*, así como la *Biblia*, “el libro de aventuras más maravilloso de todos, el mundo entero está ahí, en todos sus personajes y sus conflictos, en los lugares que describe” (Palmero).

Fue elegida miembro de la Real Academia Española (RAE) el 27 de junio de 1996; tomó posesión de su plaza el 18 de enero de 1998. Ocupó el sillón “K”, como sucesora de la poetisa y narradora Carmen Conde, y se convirtió en la tercera mujer en entrar en la RAE en 300 años. Su discurso de ingreso se tituló “En el bosque”, donde afirma que “soy una contadora de historias” (Matute 1998 13), y reflexiona sobre la infancia, la escritura, la fantasía y la imaginación, que defiende como elementos vitales en su narrativa: “el «bosque» [...] es para mí el mundo de la imaginación, de la fantasía, del ensueño, pero también de la propia literatura y, a fin de cuentas, de la palabra” (Matute 1998 14). Invoca lo que se abre al cruzar el espejo de *Alicia en el país de las maravillas*, que es “la imagen más fiel y al mismo tiempo más extraña de nuestra propia realidad” (Matute 1998 15).

Además, su obra ha sido traducida a muchos idiomas, ha sido nominada al Nobel y ha recibido numerosos premios, como el Nadal, el Planeta, el Nacional de las Letras Españolas y el Cervantes (Rivera), este último en 2010 (Matute 2011).

A través de su trayectoria literaria, Matute creó universos que van más allá del realismo de la posguerra española, aunque ese contexto explica su tendencia hacia la fantasía como una forma de escapar o de comentar sobre esa realidad. La vamos a homenajear precisamente con la que es su obra predilecta, *Olvidado rey Gudú* (1996), publicada después de años de silencio narrativo (Sotelo Vázquez 469), que no solo redefine la fantasía en la literatura española, sino que también ofrece un espejo crítico de la sociedad. Acabó la obra, “una novela en la que la intertextualidad con los cuentos maravillosos y las sagas se hace patente” (Taylor Domínguez 20), muchos años después de empezarla, y gracias a su editora, Carmen Balcells.

El núcleo de este artículo se organiza en varias secciones para explorar la novela de Matute y su impacto, así como para comprender la complejidad de su narrativa:

1. Un universo medieval y fantástico: la creación de *Olvidado rey Gudú*: Se analiza cómo la obra refleja un mundo medieval y de fantasía épica; se destacan su trama y sus personajes principales.

2. Uso de la fantasía para abordar la realidad social y política: Se explora cómo la novela actúa como una alegoría de la sociedad, donde se reflejan temas como la corrupción del poder y la justicia.

3. Libertad individual frente a predestinación: Se discute el conflicto entre libre albedrío y destino a través de elementos mágicos y decisiones de los personajes.

1. Un universo medieval y fantástico: la creación de Olvidado rey Gudú

Olvidado rey Gudú despliega un universo medieval impregnado de fantasía épica, y se extiende a lo largo de cinco generaciones en el ficticio reino de Olar, un país centroeuropeo aislado, violento y mítico. Originado en las conquistas del Conde Olar en la periferia del Reino de Occidente, este territorio evoluciona desde un feudo hasta un reino autónomo bajo Sikrosio y Volodioso, que culmina en el reinado de Gudú. La novela teje una trama compleja, rica en detalles y personajes, donde la magia y lo humano se entrelazan, mediante la evocación de cuentos de hadas y sueños que trascienden la mera narración histórica.

El reino de Olar, inicialmente inhóspito e insalubre, se consolida con Sikrosio, quien reprime toda disidencia, y Volodioso, quien impone una unidad forzada. En una tierra conquistada del sur, Ardid, hija del asesinado barón Ansélico, emerge como figura crucial. Con la ayuda del Hechicero y el Trasgo del Sur, un ser del subsuelo, Ardid planea su venganza, se casa con Volodioso a los siete años y se convierte en reina. Tras el nacimiento de Gudú, único hijo legítimo de Volodioso, y la muerte accidental de este en una cacería, Ardid, con ayuda del Hechicero y el Trasgo, manipula el destino de su hijo, mediante la extirpación de la capacidad de amar y llorar para asegurar su poder, con la cláusula de que, si llora, todo su mundo desaparecerá.

La narrativa introduce personajes mágicos y humanos que enriquecen el tapiz de Olar. Ondina, criatura cambiante enviada por el Trasgo para satisfacer a Gudú, y Tontina, princesa misteriosa destinada a ser su esposa, aportan contrastes entre lo sobrenatural y lo terrenal. Tontina, con su Árbol de los Juegos, simboliza la infancia perdida, mientras que Predilecto, hermano de Gudú, encarna un amor frustrado que desafía la frialdad del rey. Las guerras, traiciones y expediciones a las estepas marcan el ascenso de Gudú, quien, coronado prematuramente, lidera victorias sangrientas y persigue ambiciones desmedidas, como conquistar tierras ignotas.

El reino enfrenta revueltas y confabulaciones, desde el consejero Tuso hasta algunos hermanos de Gudú, pero el rey consolida su dominio. Sin embargo, la llegada de Tontina y su trágico destino con Predilecto, junto a la melancolía de Ondina, revelan las fisuras de un poder basado en la manipulación. Gudú, incapaz de amar, se enreda en relaciones cortas, mientras Ardid y el Trasgo, debilitado por los afectos humanos, pierden influencia. El culmen llega cuando Gudú, al final de su vida, llora por primera vez frente al Lago, lo que desencadena una inundación que borra Olar y su legado, cumpliendo la profecía impuesta.

Este universo trasciende lo medieval al retratar un ciclo de poder universal: su adquisición, expansión, decadencia y autodestrucción. Matute construye un relato profundamente humano, donde la ambición, la venganza y la magia se entrelazan para reflejar conflictos perennes aplicables a cualquier civilización, que hacen de *Olvidado rey Gudú* un espejo atemporal de la condición humana.

2. *Uso de la fantasía para abordar la realidad social y política*

Olvidado rey Gudú trasciende la mera fantasía épica para erigirse como una alegoría de cualquier sociedad, un vasto fresco donde un sinnúmero de actores —reyes, niños, criaturas mágicas— encarnan fuerzas sociales y políticas globales. En este universo medieval impregnado de elementos prodigiosos, personajes como Gudú simbolizan la corrupción del poder con su ambición desmedida (“Destriparé el mundo y contemplaré sus despojos; y lo que de él me plazca, lo guardaré; y lo que considere superfluo, o dañino, lo destruiré. Y mis hijos continuarán mi labor, y mi Reino no tendrá fin” [Matute 1996 418-419]), mientras Predilecto representa la lucha por la justicia y el anhelo de un mundo equitativo (“Algún día el mundo

será justo para todos” [Matute 1996 205]). El estilo arcaizante y el tono oscuro y reflexivo de la novela, lejos de ofrecer un escape, confronta al lector con tensiones sociales intemporales —ambición, traición, hipocresía, soledad— que resuenan en cualquier estructura de poder histórica o contemporánea, con “personajes autoritarios y dictatoriales, repetidos una y otra vez en el tiempo de la historia” (Torralba 234).

La obra se desenvuelve como un análisis minucioso de la condición humana, donde urde un tapiz narrativo dilatado que combina aventuras, presagios y un elenco de seres extraordinarios (trasgos, silfos, ondinas, gnomos) con un trasfondo de crueldad, venganzas e intrigas. Este ambiente medieval fantástico, de aroma añejo, no solo recrea una atmósfera legendaria, sino que sirve como vehículo para reflejar las dinámicas de poder y resistencia en una sociedad marcada por la desigualdad. La magia, omnipresente en la vida de los personajes, coexiste con la “normalidad” feudal en un ejercicio de “realismo mágico” que desafía las fronteras entre lo racional y lo sobrenatural. Elementos como el Trasgo del Sur, y su creciente racimo de uvas a modo de corazón, o el Árbol de los Juegos, que evoca la niñez, no se justifican científicamente; se aceptan como parte natural del mundo narrativo, cuestionan las normas de la realidad y permiten a Matute explorar verdades más profundas sobre la existencia humana.

El Trasgo del Sur, un duende del subsuelo, simboliza la naturaleza y el ciclo de vida y muerte, con sus uvas que representan crecimiento, maduración y decadencia. Frente a personajes humanos obsesionados con el poder y la destrucción —como Gudú, quien declara su intención de destripar y controlar el mundo (Matute 1996 418-419)—, el Trasgo ofrece regeneración, un contrapunto esperanzador que, sin embargo, sucumbe al egoísmo humano. Al final, olvidado entre la maleza del Castillo Negro, su último grano es devorado por Gudú, lo que marca su desaparición y transformación en hojas de otoño (Matute 1996 863). Ardid misma subraya esta dicotomía al contrastar a los humanos —“criaturas de carne débil, y cien veces más débiles de espíritu... Mezquinos, vanidosos, egoístas y crueles” (Matute 1996 784)— con seres sobrenaturales como trasgos y hadas, lo que sugiere una crítica a la fragilidad moral que perpetúa las injusticias sociales.

La perspectiva infantil y juvenil, encarnada en figuras como Tontina y Lisio, amplifica esta dimensión mágica y crítica. Tontina, con su Árbol de los Juegos, representa la pureza perdida de la infancia, un refugio de inocencia en un mundo corrompido por la ambición

adulta. Su tesoro —piedrecitas de río, cuentas de vidrio— conectado a la Ardid niña, simboliza un vínculo con un pasado idealizado que se desvanece bajo el peso del poder. Lisio, líder de los Desdichados, encarna la resistencia impotente de los marginados (“cuán frágil es la humana naturaleza” [Matute 1996 516]), un niño que lucha contra la opresión pero sucumbe a la soledad y la traición. Esta visión infantil revela verdades ocultas que los adultos, cegados por el poder, ignoran. En el caso de Predilecto, su encuentro con Tontina le hace consciente de su propia ceguera ante las injusticias, mientras el príncipe Once le señala que la ciudad natal de ella es “la Historia de Todos los Niños, de donde venimos y adonde regresamos” (Matute 1996 485), un espacio mítico que contrasta con la brutalidad de Olar.

El aroma de “realismo mágico” de Matute, de algún modo paralelo a autores como Gabriel García Márquez (1927-2014) o Laura Esquivel (1950-), permite que lo fantástico no solo enriquezca la narrativa, sino que desnude las estructuras de poder y sus contradicciones. En *Cien años de soledad* (1967), García Márquez usa lo mágico para reflejar la historia cíclica de América Latina, mientras Esquivel, en *Como agua para chocolate* (1989), entrelaza lo sobrenatural con las pasiones humanas y las tensiones familiares en el México revolucionario. Matute, en el contexto español, integra dragones, trasgos y árboles mágicos sin forzar la trama, para cuestionar la legitimidad del poder y la moralidad de quienes lo ejercen. El Árbol de los Juegos, por ejemplo, es un nexo entre lo real y lo fantástico, un lugar donde el tiempo se quiebra y la dualidad entre juego y seriedad se manifiesta: para Tontina es diversión; para Predilecto, pérdida y reflexión. Su secado tras la muerte de Tontina simboliza el olvido de la inocencia frente a la corrupción adulta.

En el trasfondo de la posguerra española y después de veinte años de que empezara la transición democrática en España, el “olvido” final de Olar adquiere una dimensión histórica y crítica, política y social. La inundación que borra el reino tras el llanto de Gudú (Matute 1996 865) puede evocar la amnesia colectiva impuesta tras la guerra civil y el franquismo, cuando los horrores de la guerra y la represión fueron silenciados bajo una fachada de reconciliación. Volodioso, rey cristiano que impone su fe sin conseguir erradicar las creencias ancestrales, refleja la colonización cultural europea, y es un eco de la imposición franquista, que no logró borrar las identidades previas. Esta tensión entre lo oficial y lo reprimido resuena en personajes como Predilecto, quien clama justicia pero olvida sus promesas a los

Desdichados, y Lisio, cuya resistencia termina en derrota legendaria (“algunas derrotas pueden llegar a ser leyendas”, Matute 1996 613).

La novela también explora las voces disidentes dentro del poder. Predilecto, hijo de Volodioso, critica las estructuras establecidas (“Estimo que esta forma de guerrear no es noble” [Matute 1996 313]) y aboga por la generosidad hacia los desposeídos (Matute 1996 386), aunque sus ideales se diluyen en la desmemoria colectiva. Lisio, líder infantil de los Desdichados, encarna una utopía frustrada: su sueño de un mundo donde “hablemos [...] la lengua del amor” (Matute 1996 407) choca con la realidad de la esclavitud y la traición. Incluso el final de *Contrahecho* y *Raiga*, que escapan en una barca con niños campesinos mientras el abuelo de estos sueña con un lugar igualitario (Matute 1996 833), ofrece una esperanza imposible que contrasta con la ambición de Gudú, quien busca perpetuar su legado (“mi Reino no tendrá fin”, Matute 1996 419) y renombra Olar como reino de Gudú (Matute 1996 505-506).

Gudú representa la ambición ilimitada y el liderazgo carismático, al cuidar a sus soldados mientras los usa para sus fines egoístas. Su desprecio por los débiles —ordena desechar a un eventual hijo “enfermizo o tarado, o mujer” (Matute 1996 520)— refleja la crueldad de un poder que valora la fuerza sobre la humanidad. Sin embargo, su reino termina en el olvido, una crítica a la amnesia histórica que Matute parece vincular a la posguerra española, donde las gestas de los vencedores eclipsaron las heridas de los vencidos.

Así, *Olvidado rey Gudú* usa la fantasía no solo para enriquecer la realidad, sino para interrogarla. A través de su atmósfera medieval y sus elementos mágicos, Matute ofrece un espejo atemporal de las dinámicas de poder, corrupción y justicia, y revela las fragilidades humanas y las esperanzas frustradas que subyacen en toda sociedad.

3. Libertad individual frente a predestinación

Un aspecto central de *Olvidado rey Gudú* es el conflicto entre libertad individual y predestinación, un tema que Ana María Matute articula con maestría a través de la magia que impregna todo el relato. Esta tensión filosófica se manifiesta en un universo donde lo sobrenatural no solo colorea la narrativa, sino que actúa como una fuerza omnipresente que

cuestiona la autonomía de los personajes. Elementos como el origen mítico de Almíbar, el almibarado y hedonista hijo de un hada y hermano de Volodioso, o el sutil vientecillo perfumado que acompaña a Tontina al llegar a Olar, sugieren una presencia trascendente que va más allá de lo humano, y siembra dudas sobre la capacidad de los protagonistas para controlar sus destinos. La magia, introducida en pequeños detalles que se vuelven habituales, invita al lector a sospechar que las acciones narradas están sujetas a un designio superior, un poso de incertidumbre que resuena desde las manipulaciones de Ardid hasta el trágico final de Gudú.

Y hay que destacar el determinismo que se halla en los nombres de muchos personajes, desde el recién citado Almíbar, hasta el de Ardid —base de argucias en la sombra, que le pone el Hechicero y que también designa su comportamiento—, pasando por el de Tontina o el de Predilecto (Torralba 236).

La reina Ardid, aliada con sus dos amigos, encarna ese amaño al moldear el destino de su hijo Gudú desde su infancia. Consciente del poder que desea para él, dispone que se le extirpe la capacidad de amar —y con ella, la de llorar— para garantizar su reinado. Este acto, ejecutado con la intervención mágica del Hechicero y el Trasgo, no solo condiciona la vida de Gudú, sino que establece una cláusula fatídica: si llegara a llorar, todo su legado desaparecería del mundo (Matute 1996 865). El clímax de la novela, cuando Gudú, al final de su vida, se enfrenta al Lago y llora por primera vez (“Por él, por toda su vida, por su perdida juventud, y sobre todo por la gran ignorancia de cuanto le rodeaba”, Matute 1996 864), desata una inundación que borra Olar, y se cumple la profecía. Este desenlace plantea una tensión filosófica profunda: ¿hasta qué punto es Gudú libre si su destino, incluso en su acto más humano, está predeterminado por la magia impuesta por su madre manipuladora?

Esta dicotomía retumba en debates clásicos sobre libre albedrío y determinismo, desde tragedias como *Edipo rey*, de Sófocles (siglo V a. C.), donde el destino oracular anula las elecciones del protagonista, hasta pensadores modernos como Jean-Paul Sartre (1905-1980), quien defendió la libertad radical del individuo frente a cualquier imposición externa. En *Olvidado rey Gudú*, la magia opera como una fuerza que restringe la agencia, un poder que Ardid, el Hechicero y el Trasgo manejan con precisión quirúrgica para dirigir el curso de los eventos. Sin embargo, la propia Ardid, pese a su control, queda atrapada por un conocimiento que la supera. Cuando consulta al Trasgo sobre los misterios que rodean a Tontina, este le responde con una certeza que ella no puede desentrañar (“no debes tener motivo de

asombro, puesto que todo ocurre tal y como debe suceder”, Matute 1996 352), lo que revela los límites de su autoridad frente a las fuerzas mágicas que invoca. El percance de salud de Tontina, con raíces más profundas de lo que Ardid comprende, subraya esta impotencia: incluso la maniobrera reina es una pieza en un tablero mayor.

Otros personajes, como Tontina, Predilecto y Ondina, también enfrentan destinos moldeados por la magia. Tontina, cuya muerte sacrificial tras su amor por Predilecto (“Tontina ha muerto. Soy una mujer, y te amo” [Matute 1996 483]) marca un quiebre trágico, está atada a un designio que escapa a su comprensión infantil. Ondina, nieta de la Dama del Lago, ve su voluntad doblegada por su abuela: su amor por Predilecto, el joven resignado que no quiere ser adulto, la lleva a un castigo devastador, al perder su memoria para purgar ese afecto humano (Matute 1996 498). Esta melancolía se extiende a Gudulina, quien, marcada por “la antigua Ondina [que] se adueñó de su corazón solitario y feroz” (Matute 1996 704), llora todas las noches de su vida, atrapada en un dolor que Ardid solo puede mitigar a medias (Matute 1996 578). Estos destinos, dirigidos por la Dama del Lago y otros poderes mágicos, contrastan con los sentimientos humanos, y sugieren una predestinación que anula la libertad emocional.

La trama abunda en momentos donde la magia impone caminos ineludibles. Desde el nacimiento de Gudú, condicionado por la extirpación de su capacidad de amar, hasta su reflexión en las estepas (“¿Sólo aquel que su madre había decidido que fuese?” [Matute 1996 642]), el rey vive bajo un yugo invisible. En una noche de introspección en la torre del Castillo Negro, Gudú vislumbra un Dragón ancestral, una voz que aterrorizó a Sikrosio y Volodioso, el cual evoca un mundo previo a la cristiandad que regresa para desafiarlo (Matute 1996 643). Este encuentro lo lleva a desear ser “una estrella errante en la inabarcable oscuridad del universo” (Matute 1996 641), un anhelo de libertad que choca con la predestinación que lo ata. Sin embargo, la noche no responde, y su excitación al enfrentar a la estepa como “el verdadero enemigo” refuerza su ilusión de agencia, solo para culminar en el llanto que lo destruye todo.

El sacrificio de Tontina y la transformación de Ondina resaltan cómo los elementos mágicos imponen destinos trágicos. Tontina, al recibir el primer beso de Predilecto, muere en un acto que fusiona amor y fatalidad, mientras Ondina, al intentar retener a Predilecto con su transformación en Tontina, pierde su esencia al ser arrastrada al mar por la Dama del

Lago (Matute 1996 498). Gudulina, afectada por esta tristeza heredada, y Gudulín, enamorado de un caballo que no le corresponde, perpetúan esta cadena de destinos impuestos. Incluso Ardid, maestra de la adulteración, no escapa a las limitaciones de su conocimiento: su incapacidad para prever el llanto de Gudú o comprender la profundidad del destino de Tontina evidencia que ella misma es víctima de un orden superior.

El llanto final de Gudú, desencadenado después de devorar el último grano del Trasgo y enfrentarse al Lago, sugiere un quiebre ambiguo. “Los pobres aficionados que fueron Ardid, el Trasgo y el Hechicero no habían previsto que el Rey no podía amar a nadie, excepto a sí mismo” (Matute 1996 864), y eso indica que la magia falló en anticipar su humanidad residual. Este acto, que destruye Olar en una inundación (Matute 1996 865), podría leerse como un triunfo pírrico de la libertad: Gudú, al llorar, desafía el hechizo, pero a costa de su desaparición. Matute plantea así un equilibrio inestable entre predestinación y libre albedrío, donde la magia limita, pero no anula del todo la voluntad humana.

Este conflicto resuena en la tradición literaria y filosófica. En *Edipo rey*, de Sófocles, el protagonista sucumbe a un destino ineludible dictado por el oráculo, mientras Sartre argumenta que la libertad define al individuo incluso bajo coacción. Matute fusiona estas perspectivas: la magia, como fuerza externa, condiciona a Gudú y otros, pero sus actos finales — el llanto de Gudú, la resistencia de Predilecto, el amor de Ondina— sugieren grietas en el determinismo. La novela, en esencia, explora cómo la predestinación, aunque poderosa, se enfrenta a la imprevisibilidad de la condición humana, y deja un eco de libertad en medio de la fatalidad.

Posibles aplicaciones didácticas y conclusión

Olvidado rey Gudú es una obra maestra de la literatura mágica española que trasciende el escapismo para interpelar dilemas éticos generales. Su universo fantástico actúa como un espejo de cualquier sociedad, al cuestionar el poder absoluto y la justicia social con una relevancia que perdura en el siglo XXI. La influencia de Matute en autores como Dolores Redondo evidencia su legado en la narrativa contemporánea hispánica.

En el ámbito educativo, la novela ofrece un rico material para el análisis crítico. En cursos de literatura, podría compararse con *El Señor de los Anillos* [*The Lord of the Rings*, 1954-1955], de J. R. R. Tolkien (1892-1973), para debatir la corrupción del poder (Gudú vs. Sauron), o con *Crónica del rey pasmado* (1989), de Gonzalo Torrente Ballester (1910-1999), para explorar la identidad y el destino en clave irónica. Sus temas —ambición, justicia, libertad— permiten discusiones interdisciplinarias, que conecten literatura con filosofía o historia. Por ejemplo, el “olvido” final invita a reflexionar sobre la memoria histórica en contextos como la posguerra española o conflictos actuales, mientras el sacrificio de Tontina puede abordarse desde la ética del deber. El discurso de ingreso de Matute (1998) en la RAE, “En el bosque”, complementa estas aplicaciones al profundizar en la infancia y la imaginación como pilares narrativos.

La celebración de su centenario, con exposiciones y reediciones, reafirma la vitalidad de su obra, con su repercusión en lectores y críticos que valoran su capacidad para iluminar la condición humana a través de la fantasía. En un mundo marcado por la polarización y la crisis de valores, *Olvidado rey Gudú* sigue siendo una advertencia y una inspiración, que demuestra que la literatura mágica puede ser tan reveladora como cualquier realismo.

Bibliografía

- Doria, Sergi. “Ana María Matute, en el País de Nunca Jamás.” *ABC*, 26 junio 2014, <http://www.abc.es/cultura/libros/20140625/abci-maria-matute-201406251043.html>
- Matute, Ana María. Discurso de recepción del Premio Cervantes. Centro Virtual Cervantes, 27 abril 2011, http://cvc.cervantes.es/el_rinconete/anteriores/abril_11/28042011_03.htm.
- . “En el bosque.” Discurso de ingreso en la Real Academia Española de la lengua. 18 de enero de 1998, Real Academia Española, 1998.
- . *Olvidado rey Gudú*. Espasa Calpe, 1996.
- Palmero, Fernando. “En el universo mágico de Ana María Matute.” *Qué Leer*, junio 2014, <https://revistaleer.com/2014/06/en-el-universo-magico-de-ana-maria-matute/>
- Pérez, Cristina. “Dolores Redondo publica ‘Las que no duermen. NASH’: «La novela aboga por la sororidad verdadera.»” *RTVE*, 13 dic. 2024, <https://www.rtve.es/noticias/20241213/dolores-redondo-publica-no-duermen-nash-novela-aboga-por-sororidad-verdadera/16359948.shtml>
- . “Ana María Matute, en el Instituto Cervantes: «La vida es perder cosas.»” *RTVE*, 6 nov. 2024, <https://www.rtve.es/noticias/20241106/ana-maria-matute-instituto-cervantes-vida-perder-cosas/16317264.shtml>
- Rivera, Tomás. “Ana María Matute, fantástica autora.” *Libros prohibidos*, 2 feb. 2019, <https://libros-prohibidos.com/ana-maria-matute/>
- Sotelo Vázquez, Marisa. “Ana María Matute: «Yo he tenido una vida de papel.»” *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, vol. XC, 2014, pp. 467-472.
- Taylor Domínguez, Helena. “Ana María Matute: de la literatura realista de la posguerra a la fantasía épica de Olvidado Rey Gudú.” *Revista de Educación de la Universidad de Granada*, vol. 27, 2020, pp. 11-22.
- Torralba, Concha. “Entre el recuerdo y el olvido del rey Gudú.” *Pensamiento literario español contemporáneo*, 7: *Actas del VII Seminario "Pensamiento literario español del siglo XX"* (Zaragoza, 28-29 de octubre de 2010), Universidad de Zaragoza, Anexos de *Tropelías*, 2010, pp. 227-241.